

The Man Who Bought Flowers for No One

Every Friday at 6:15, he bought flowers.

Not always the same kind.

Sometimes tulips, when the weather was soft enough to make the city look less tired.

Sometimes sunflowers, though he always looked a little embarrassed carrying them.

Sometimes white roses, but never red ones. Red roses made people assume too much.

The woman at the flower shop noticed him after the third Friday.

People who bought flowers every week usually had a reason. An anniversary. A grave. A sick mother. A wife they had disappointed. A girlfriend they were trying not to lose.

He never said why.

He would enter quietly, nod once, and look at the flowers as if he were reading something he did not fully understand. Then he would choose a small bouquet, never too expensive, never too careless, and pay in cash.

“Special occasion?” she asked once.

He smiled politely.

“Not really.”

That was all.

She wanted to ask more, but people who bought flowers often carried private weather.

Some came in laughing. Some came in with red eyes. Some stood too long in front of lilies and left without buying anything.

So she let him be.

Still, she imagined things.

Maybe there was someone waiting at home. Someone who had learned to expect flowers every Friday. Maybe he was one of those rare men who remembered love without needing to be reminded by guilt. Maybe he had hurt someone badly and was trying, week by week, to become forgivable.

Or maybe the flowers were for a grave.

That possibility changed the way she wrapped them.

On rainy Fridays, she added extra paper.

On cold ones, she tied the ribbon more carefully.

One evening, near closing time, he came in later than usual.

His shirt was wrinkled. His eyes looked as if he had spent the whole day speaking to people while being somewhere else. He stood in front of the flowers for a long time.

“Rough day?” she asked.

He gave a small laugh, the kind people give when the truth is too large for a casual question.

“Something like that.”

She waited.

He picked a small bunch of yellow tulips.

“Good choice,” she said.

He nodded.

As she wrapped them, she noticed his hands. Not shaking exactly, but not still either. He looked tired in a way that sleep would not fix.

This time, she asked the question she had been holding for weeks.

“What’s her name?”

He looked up.

The shop became very quiet.

The refrigerators hummed softly behind her. Outside, cars moved through the rain with their headlights blurred against the glass.

He opened his mouth, then closed it.

She regretted asking.

“I’m sorry,” she said quickly. “You don’t have to tell me.”

“No,” he said.

He looked at the tulips.

Then at the floor.

Then back at the tulips.

“Mine,” he said.

She did not understand at first.

“Sorry?”

“They’re for me.”

He said it almost like an apology.

Not with pride. Not with confidence. Not with the easy tone of someone who had read somewhere that buying yourself flowers was a beautiful act of self-love.

He said it like a man confessing something he was not sure he had the right to want.

The woman stopped wrapping.

For a second, she felt embarrassed for both of them, though she did not know why. Maybe because there are forms of loneliness so ordinary that people do not know where to place them when they appear in public.

“They’re for my apartment,” he added, as if that made it less strange. “The table looks... empty.”

He laughed again, but this time there was no humor in it.

“It’s stupid.”

“No,” she said.

The word came out faster than she expected.

He looked at her.

“It’s not.”

She finished wrapping the tulips. More slowly now. Not because the flowers needed it, but because the moment did.

He took out his wallet.

She shook her head.

“Not today.”

“No, please. I can pay.”

“I know,” she said. “But not today.”

He did not argue. Maybe because he was tired. Maybe because kindness, when it arrives unexpectedly, can make even resistance feel heavy.

He took the flowers with both hands.

At the door, he stopped.

“I started buying them after my apartment got too quiet,” he said.

She stayed behind the counter.

“My mother used to keep flowers in the house,” he continued. “Nothing expensive. Sometimes they were already dying when she brought them home. But she said a house needed proof that something alive had been invited in.”

He looked down at the bouquet.

“After she died, I stopped inviting things in.”

The woman did not say she was sorry.

People say that too quickly sometimes, as if sorrow can be covered with the right sentence.

Instead, she said, “Yellow tulips last longer if you change the water every two days.”

He nodded, and for some reason that seemed to help.

The next Friday, he came back.

Then the Friday after that.

And the Friday after that.

He still did not talk much.

Sometimes he bought tulips. Sometimes daisies. Once, in the middle of winter, he bought sunflowers and looked embarrassed the entire time.

But something changed after that rainy evening.

The woman stopped wondering who the flowers were for.

She knew.

They were for the table.

For the quiet apartment.

For the part of him that had gone too long without being given anything gentle.

For the house that needed proof something alive had been invited in.

And every Friday, at 6:15 or close enough, he carried that proof home.

El hombre que compraba flores para nadie

Todos los viernes a las 6:15, él compraba flores.

No siempre del mismo tipo.

A veces tulipanes, cuando el clima era lo bastante suave como para hacer que la ciudad pareciera menos cansada. A veces girasoles, aunque siempre parecía un poco avergonzado al llevarlos. A veces rosas blancas, pero nunca rojas. Las rosas rojas llevaban a la gente a sacar conclusiones precipitadas.

La mujer de la floristería se fijó en él después del tercer viernes.

Quienes compraban flores cada semana solían tener un motivo. Un aniversario. Una tumba. Una madre enferma. Una esposa a la que habían decepcionado. Una novia a la que intentaban no perder.

Él nunca decía por qué.

Entraba en silencio, asentía una vez y observaba las flores como si leyera algo que no terminaba de comprender. Luego elegía un ramo pequeño —ni demasiado caro ni descuidado— y pagaba en efectivo.

—¿Alguna ocasión especial? —preguntó ella una vez.

Él sonrió con cortesía.

—En realidad, no.

Eso fue todo.

Ella quería preguntar más, pero quienes compraban flores a menudo traían consigo su propio clima interior. Algunos entraban riendo. Otros, con los ojos enrojecidos. Algunos se quedaban demasiado tiempo frente a los lirios y se marchaban sin comprar nada.

Así que lo dejó estar.

Aun así, ella imaginaba cosas.

Tal vez había alguien esperándolo en casa. Alguien que había aprendido a esperar flores cada viernes. Quizás él era uno de esos hombres excepcionales que recordaban el amor sin necesidad de que la culpa se lo recordara. Tal vez había hecho mucho daño a alguien e intentaba, semana tras semana, hacerse merecedor del perdón.

O tal vez las flores eran para una tumba.

Esa posibilidad cambió la forma en que las envolvía.

Los viernes de lluvia, añadía más papel.

Cuando hacía frío, ataba la cinta con más cuidado.

Una tarde, cerca de la hora de cierre, él llegó más tarde de lo habitual.

Llevaba la camisa arrugada. Sus ojos reflejaban como si hubiera pasado el día entero hablando con gente mientras su mente estaba en otra parte. Se quedó largo rato frente a las flores.

—¿Un día duro? —preguntó ella.

Él soltó una risita leve, de esas que la gente emite cuando la verdad es demasiado grande para una pregunta casual.

—Algo así.

Ella esperó.

Él eligió un pequeño ramo de tulipanes amarillos.

—Buena elección —dijo ella.

Él asintió.

Mientras envolvía las flores, ella se fijó en sus manos. No temblaban exactamente, pero tampoco estaban quietas. Se le veía cansado de una forma que el sueño no podría remediar.

Esta vez, hizo la pregunta que llevaba semanas guardándose.

—¿Cómo se llama ella?

Él levantó la vista.

La tienda quedó en silencio.

Las neveras zumbaban suavemente a sus espaldas. Afuera, los coches avanzaban bajo la lluvia con los faros difuminados tras los cristales.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

Ella se arrepintió de haber preguntado.

—Lo siento —dijo ella rápidamente—. No tiene por qué decírmelo.

—No —dijo él.

Miró los tulipanes.

Luego, el suelo.

Después, de nuevo los tulipanes.

—Son para mí —dijo.

Al principio, ella no entendió.

—¿Perdón?

—Son para mí.

Lo dijo casi como una disculpa.

Sin orgullo. Sin seguridad. Sin el tono desenfadado de quien ha leído en alguna parte que comprarse flores a uno mismo es un hermoso acto de amor propio.

Lo dijo como un hombre que confiesa algo que no está seguro de tener derecho a desear.

La mujer dejó de envolver.

Por un instante, sintió vergüenza por ambos, aunque no sabía por qué. Quizás porque hay formas de soledad tan cotidianas que la gente no sabe dónde ubicarlas cuando aparecen en público.

—Son para mi apartamento —añadió él, como si eso lo hiciera menos extraño—. La mesa se ve... vacía.

Volvió a reír, pero esta vez no había gracia en su risa.

—Es una tontería.

—No —dijo ella.

La palabra salió más rápido de lo que esperaba.

Él la miró.

—No lo es.

Ella terminó de envolver los tulipanes. Más despacio esta vez. No porque las flores lo necesitaran, sino porque el momento lo requería.

Él sacó la cartera.

Ella negó con la cabeza.

—Hoy no.

—No, por favor. Puedo pagar.

—Lo sé —dijo ella—. Pero hoy no.

Él no insistió. Quizás porque estaba cansado. Quizás porque la amabilidad, cuando llega de improviso, puede hacer que incluso resistirse resulte pesado.

Tomó las flores con ambas manos.

Se detuvo en la puerta.

—Empecé a comprarlas cuando mi apartamento se quedó demasiado silencioso —dijo.

Ella permaneció tras el mostrador.

—Mi madre solía tener flores en casa —continuó él—. Nada caro. A veces ya se estaban marchitando cuando las traía. Pero decía que una casa necesitaba pruebas de que se había invitado a entrar a algo vivo.

Bajó la vista hacia el ramo.

—Cuando ella murió, dejé de invitar cosas a entrar.

La mujer no dijo que lo sentía.

A veces la gente dice eso demasiado rápido, como si la pena pudiera cubrirse con la frase adecuada.

En cambio, dijo:

—Los tulipanes amarillos duran más si les cambias el agua cada dos días.

Él asintió y, por alguna razón, aquello pareció ayudar.

El viernes siguiente, volvió.

Y el viernes de la semana siguiente.

Y el viernes de la otra.

Seguía sin hablar mucho.

A veces compraba tulipanes. A veces margaritas. Una vez, en pleno invierno, compró girasoles y se mostró avergonzado todo el tiempo.

Pero algo cambió tras aquella tarde lluviosa.

La mujer dejó de preguntarse para quién eran las flores.

Ya lo sabía.

Eran para la mesa.

Para el apartamento silencioso.

Para esa parte de él que llevaba demasiado tiempo sin recibir nada delicado.

Para la casa que necesitaba pruebas de que se había invitado a entrar a algo vivo.

Y cada viernes, a las 6:15 o poco más tarde, él se llevaba esa prueba a casa.